

## **Azaña: anverso y reverso de su figura histórica**

Si hubiéramos de buscar un símbolo para la II República española, ése símbolo nadie podría encarnarlo mejor que don Manuel Azaña: jefe del partido Acción Republicana —auténtica levadura democrática en los momentos en que se desvanecía en plena dictadura el largo período de liberalismo constructivo traído por la restauración—, clave del Pacto de San Sebastián, ministro de la Guerra en el Gobierno provisional, presidente del Consejo y cauce del programa\* que definió al régimen en su momento más prometedor mediante el acuerdo entre la izquierda burguesa y el PSOE, polarizador de las feroces animosidades de la derecha a lo largo de todo aquel período histórico, garante del Frente Popular, estadista rebasado por el maximalismo surgido de las urnas en febrero de 1936 y, en fin, presidente de la República en los momentos en que ésta recibía su golpe mortal —desde la revolución desatada por la izquierda y la conspiración anudada por la derecha— e impotente y agónico espectador de la lucha fratricida, a cuyos iniciales estímulos no había sido él completamente ajeno, pero desde cuyos horrores supo —en su mejor momento, como hombre y como orador, que coincidían con los de su impotencia total como gobernante— hallar el acento adecuado para una invocación ya inútil a la paz, el perdón y el olvido.

### **Intelectual y político**

Para entender a Azaña habrá que ver en él, ante todo, lo que por encima de todo fue y quiso ser siempre: un intelectual muy dentro del estilo de la Europa recién surgida de la primera guerra mundial, pero en divorcio con las corrientes que en esa misma Europa fueron preparando el «clima» generador de la segunda. Un gran escritor perfectamente enmarcado en la generación del 14 —la de los universitarios y los ensayistas—. Cuando, tratando de rebajar sus méritos literarios, alguien le ha comparado con Valle-Inclán como dramaturgo o con Pérez de Ayala como novelista, olvidó —sin duda deliberadamente— que no es ése el campo en el que Azaña demuestra sus ex-

traordinarias dotes de escritor, pese a que alguna vez le tentara el teatro —*La corona*— y no desdeñara la novela. Azaña ha dejado su huella memorable dentro de nuestra literatura contemporánea en tres «frentes» muy claramente enlazados: el de la oratoria —baste con tener en cuenta que, así como los discursos de otros parlamentarios célebres en su época (Alcalá Zamora, Lerroux o el propio Gil Robles) no se sostienen hoy leídos «desde» nuestro tiempo, los de Azaña siguen poseyendo una fuerza en la imagen, un rigor en sus bases y en su construcción que explican su perenne atractivo—; el del ensayista puro —a veces desplegado en un admirable diálogo, como *La velada en Benicarló*—; el del escritor de *memorias* —diarios en su caso: documentos sin parangón posible, literariamente hablando, con cuanto nos dejaron otros hombres, políticos o no, de su tiempo—.

Azaña fue un gran escritor, un gran escritor consciente de sus méritos, agraviado sin duda por la tardanza en reconocérselos. (Cierto que las mejores obras de su pluma —y de su palabra— son posteriores al 14 de abril de 1931.) Llegó tarde para él la fama que merecía; también la notoriedad política. Sumido en la mediocridad burocrática de las oficinas del Estado —funcionario durante muchos años de la Dirección General de Registros—, había creído hallar horizonte para sus ambiciones políticas en el Partido Reformista, último posibilismo abierto desde la frontera de un republicanismo «civilizado» a la monarquía alfonsina. Pero en torno a los años 1913-1915 —hundimiento del maurismo— tocaron Melquíades Álvarez y sus seguidores las limitaciones de su «audiencia» popular: en buena parte consecuencia de las defectuosas estructuras del «turno pacífico»; en buena parte también resultado «del peculiar «talante» de don Melquíades. «Ignoro —comentaba el propio Azaña en marzo de 1915— si Melquíades será el día de mañana un gobernante y un gobernante bueno; estoy cierto de que no es un jefe de partido. Hasta ahora, metido en el republicanismo y en la conjunción, no tenía responsabilidad personal directa, sobre todo en las cuestiones tan importantes de propaganda y organización. Era el *gran orador* (y lo es maravilloso); cada cierto tiempo, eligiendo bien la ocasión, pronunciaba un discurso en el Congreso. Gran éxito; a veces resultados inmediatos en la política parlamentaria. Después se borraba, desaparecía en sus tertulias del casino, entre sus pleitos o "en Asturias". Podía pasar así cuando no era más que un diputado; ahora, como jefe, no puede ser lo mismo. Pero se le resiste todo ese manejo de paciencia y atención cotidiana que requiere la dirección de un grupo político, sobre todo cuando está naciendo...» «En fin, no sé; yo creo que, si fuese enemigo de Melquíades, encontraría razones muy fuertes en contra suya, manera de ridiculizar su evolución; pero esto iría exclusivamente contra su persona {y eso disminuiría su importancia), pero no contra la gran idea de constituir un partido radical dentro de la Monarquía»<sup>1</sup>.

Más de una vez intentó el futuro presidente hacerse con un acta de diputado, y el intento se resumió en fracaso. La Liga de Educación Política y las

<sup>1</sup> *Obras completas*, t. III, Oasis, México, 1967, pág. 819.

tertulias del Ateneo eran sólo una escasa compensación para sus legítimas ambiciones —Azaña, perteneciente, según Manchal, a la primera generación intelectual española «deliberadamente política», «fue el intelectual que quiere *hacer precisión* dentro del pensamiento político, del mismo modo que otros compañeros suyos de generación *hacen precisión* en biología o en filología»<sup>2</sup>—.

Injustamente desestimado como escritor, penosamente defraudado en sus aspiraciones políticas dentro del partido reformista, ambas frustraciones le dieron un talante jacobino: desdén hacia sus «rivales» en las letras y en la política; un afán de ruptura que sería como la réplica airada a la pasiva ineficacia del «reformismo» melquiadista y a la norma transaccional de la restauración. Es muy conocida la cáustica frase de Unamuno: «Cuidado con Azaña. Es un escritor sin lectores. Sería capaz de hacer la revolución para que le leyesen.» En el mismo juicio incide Madariaga con matización mucho más amplia: «Era Azaña un intelectual altivo y un tanto recluso, de gusto delicado en cosas éticas y estéticas..., hombre de gran distinción intelectual, elevación moral y orgullo; con cierto aspecto femenino en su carácter, al que se debía su excesiva sensibilidad, que protegía con una rudeza y una rugosidad puramente superficiales, amén de rodearse de una atmósfera cerrada y un poco malsana, y que solían hacer irrespirable sus no siempre discretos amigos: ambiente de invernadero que favorecía el desarrollo de las espinas del resentimiento»<sup>3</sup>. Hay que buscar sin duda en sus iniciales frustraciones como escritor y como político —en el *resentimiento* que esas frustraciones dejaron en él— las razones de sus juicios, notoriamente injustos, sobre muchos de sus contemporáneos más ilustres en uno y otro campo —el de la literatura y el de la política<sup>4</sup>—. Y no deja de ser significativo su especial inquina contra Ortega y Gasset, máximo orientador de las élites intelectuales que oscilaron desde los lindes de la izquierda monárquica —en los días de *Vieja y nueva política*— hasta la ruptura total con la Monarquía «secuestrada» por la dictadura. Esa inquina tiene claras apariencias de despecho cuando Azaña aborda el ensayismo filosófico de Ortega: «Una cosa es pensar; otra, tener ocurrencias. Ortega enhebra ocurrencias... Iba a ser el genio tutelar de la España actual; lo que fue el apóstol Santiago en la España antigua. Quédase en revistero de salones... Su originalidad consiste en haber tomado la metafísica por trampolín de su arribismo y de sus ambiciones de señorito... Como prometió aprender en seguida el alemán, le hicieron catedrático...»<sup>5</sup>. Sin embargo, y en el momento auroral del nuevo régimen, al que Ortega llegaría ilusionadamente dentro del grupo «Los Intelectuales al Servicio de

<sup>2</sup> Juan Manchal, introducción al t. II de *Obras completas*, México, 1966, pág. L.

<sup>3</sup> *España. Ensayo de historia contemporánea*, 7.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires, 1964, págs. 381-382.

<sup>4</sup> De «Azorín» escribe en una ocasión: «Es muy seco. Todo lo empequeñece cuando quiere explicar algo. No raciocina, no liga dos ideas». Comenta así el primer tomo de *El ruedo ibérico*, de Valle-Inclán: «En la *Corte de los Milagros*, los personajes son muñecos inventados que hacen gestos. Sin profundidad, sin humanidad. Vasto cuadro descriptivo, demasiado pintoresco y superficial» (*OC*, III, págs. 794 y 878).

<sup>5</sup> *OC*, III, págs. 866 y 810.

la República», el profesor no regateó elogios cuando creyó que la obra de Azaña los merecía; recuérdense las alabanzas de que cubrió las reformas militares que desde el Ministerio de la Guerra puso en marcha aquél, aun antes de que las Cortes constituyentes se reuniesen; de «hazaña enorme» las calificó con énfasis retórico. Pero Azaña, lejos de abrir caminos de cordialidad entre uno y otro, dobló —en sus *Diarios*— la malevolencia con el sarcasmo. Irónicamente solía referirse a él llamándole «el filosofazo». Qerto que no puede negársele razón cuando a las cómodas críticas «desde fuera» oponía la dura experiencia práctica y sus servidumbres: «A Ortega le gastaría yo la broma de Segismundo: despertarle en la Presidencia del Consejo por unos días. Su proceder es muy cómodo: dice que no sirve para político, que está de paso; pero entre tanto hace lo que puede para detenernos»<sup>6</sup>. Claro que también era incontestable la observación opuesta por el ilustre autor de *La rebelión de las masas* a la olímpica torre de marfil de Azaña —aludido, pero no mencionado por su nombre—: «No sirve para dirigir a un país quien no sabe verlo siempre en su totalidad a través de la celosía que forma el pequeño tropel de los afines.»

\* \* \*

Tocar este tema —el hecho de que un «finísimo intelecto» como el de Azaña se dejase cegar con frecuencia por pequeños recelos o envidias hasta el punto de perder los criterios valorativos— nos aproxima a uno de los más graves *peros* opuestos al político: si se repasan sus *Diarios*, se podrá percibir que, a la hora de justipreciar los méritos, no ya de sus enemigos en ese campo, sino de quienes han sido amigos entusiastas o nobles aliados y compañeros de gobierno, el desenfoque en la visión resulta lamentable. De Miguel Maura escribe casualmente: «Como no tiene más osadía y arrebato y no le circula por la cabeza ni la sombra de una idea, ha discurrido para su partido conservador un programa famoso que se condensa en esta fórmula: *Hacer lo contrario de lo que hace este Gobierno.*» A Prieto le presenta como un hombre grosero y apasionado, incapaz de controlar sus arrebatos: «Es gracioso —escribe en su *Diario* durante uno de los debates a propósito de la crisis de Casas Viejas— que, cuando nos sentábamos en el banco, Prieto me dijo: "Es preferible que haga usted una cosa sobria." ¡Prieto aconsejando sobriedad! En efecto, apenas empezó a hablar, aludido por mí, comprendí que descarrilaba. Le hice llegar un recado por la fila de ministros: inútil; cuando Prieto se lanza, ya no ve, ni oye, ni entiende. Se congestiona, se hincha, algo se estrangula en su organismo y no hay manera de llamarle a la prudencia. Se descompone de tal modo que temo verle caerse muerto un día cualquiera»<sup>7</sup>. Si esto lo decía de los «amigos», las lindezas con que obsequiaba a los enemigos en privado o en público pueden constituir una antología. Y el caso

\* En *Memorias íntimas de Azaña*, con anotaciones de Joaquín Arrarás, 5.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1939, y. 179.<sup>7</sup> *Ibid.*, págs. 82-83.

es que no se trataba de una visión universalmente desdeñosa con cuanto le rodeaba; lo malo era que tendía siempre a invertir los términos en la valoración. Casares Quiroga es invariablemente objeto de elogios en su pluma; padece viéndole «sufrir» en el gobierno. La persona más favorecida, como amigo y como intelectual, en el amplio círculo de relaciones en que se mueve y en el rico panorama literario del momento es el mediocre Cipriano Rivas Xerif, antes y después de convertirse en su cuñado. Se comprende la reacción dolorida, a veces iracunda, de los que un día fueron sus amigos —personales o políticos— y se sintieron heridos profundamente al conocer la opinión que le habían merecido. Fue el caso de Prieto cuando leyó el contenido de los *Diarios*, parcialmente publicados en la zona franquista en 1939, y, en otro extremo, el de don Claudio Sánchez-Albornoz, ofendido por el tono con que le trataba su «jefe y amigo», ya directamente, ya a través de la referencia recogida por Rivas Xerif en su *Retrato de un desconocido*<sup>8</sup>.

\* \* \*

En ese error de criterios valorativos —en esa auténtica «inversión de valores»— se cifran por lo demás buena parte de sus tropiezos como gobernante. Capaz de trazar amplias líneas de orientación política, de diseñar brillantes y definidos horizontes programáticos, no siempre —más bien casi nunca— era acertada la selección de nombres para desarrollarlos una vez convertidos aquéllos en obra de gobierno. En un caso tan importante como el de la puesta en marcha de la reforma agraria, Madariaga busca las causas del fracaso en «la ineficacia administrativa de los funcionarios y de la organización de los ministerios... El propio Azaña dio un ejemplo deplorable nombrando secretario general del Instituto Agrario a un periodista sin experiencia alguna ni del problema ni de la administración»<sup>9</sup>.

### **Un regeneracionismo republicano**

Pero hablamos de *líneas de orientación política* y de *horizontes programáticos*. ¿Cuáles eran éstos? Sin duda, el *mensaje* de Azaña como escritor, como orador, como estadista, da la más perfecta expresión a uno de los ciclos de nuestro «regeneracionismo». Esta corriente de aspiraciones, más que de «programas concretos», que podríamos resumir —según la terminología cestista— en el empeño de identificar España *oficial* y España *real* (o «vital», si utilizamos la expresión cara a Ortega), recorre tres tramos a lo largo de la etapa que se inicia con el siglo para fenecer en la vorágine de la guerra civil. El primero de esos tramos se identifica con el invento de vitalizar el sistema

<sup>8</sup> Cipriano Rivas-Xerif, *Retrato de un desconocido (vida de Manuel Azaña)*, México, 1961, págs. 363-366.

<sup>9</sup> Madariaga, *ob. cit.*, pág. 407.

político de la restauración mediante una renovación de sus bases —los llamados «partidos dinásticos»— en jefaturas y programas, pero sin alterar la estructura esencial de aquél: es el proyecto de don Antonio Maura —ya iniciado por Silvela—• y el de Canalejas —prolongado luego en cierto modo por Santiago Alba—. El segundo tramo —ya al margen del canovismo, pero dentro aún de la Monarquía— lo cubre la dictadura, en la cual se arrogó ingenuamente el general Primo de Rivera el papel del «cirujano de hierro» cos-tista; intento fracasado en el designio de sustituir el famoso Pacto del Pardo por otro más acorde con las auténticas bases de la *España real*. Y el tercer tramo —no sólo al margen del sistema Cánovas, sino fuera ya del régimen monárquico— corresponde a la II República: en su expresión más genuina —pero no la única— a través del empeño de Azaña, puesto al servicio de un proyecto de clara savia ética e intelectual, magistralmente definido por Marichal: «El principal [designio] y meta final de los demás podría formularse así: España no ha llegado aún a ser ella misma, a realizar las potencialidades en ella contenidas. "Los españoles, decía Azaña en su discurso de Valladolid el 14 de noviembre de 1932, tienen la obligación de ser ellos mismos." La República se proponía, decía en Madrid el 28 de marzo de 1932, "deshacer todos los lazos que oprimían la personalidad española". Esta es su "noble y gran ambición", la que, condensándola en una expresión muy suya, llamaba "esta gran labor de refacción de España".» «La vertebración de España reclamada por Ortega —la potencia de nacionalización a que se refiere en *España invertebrada*— estaba en la línea de Sanz del Río y de Unamuno, soslayando ahora, por supuesto, las muy considerables disimilitudes intelectuales de estos tres españoles. Del mismo modo que, al situar en la historia intelectual española el afán de «refacción de España», característico de Azaña, no queremos reducirlo a una repetición mimética de la ideología krausista. El gran designio español había de desglosarse en otros menores, pero aplicables a las concretas realidades políticas del país, y en ese desglose del designio aludido en sus componentes mediatos está justamente la originalidad de Manuel Azaña en cuanto político y gobernante de España... Cuatro designios concretos apuntaban a facilitar la emergencia de las que podríamos llamar "Españas subyacentes": la periférica, la obrera y campesina, la burguesa, la estatal y la escolar. Las reformas propuestas por Azaña querían ser sobre todo vías de expansión a todas las Españas potenciales»<sup>10</sup>.

Los discursos de Azaña ilustran a la perfección algunos de estos «designios» liberadores de las «Españas potenciales». La necesidad de romper con los «obstáculos tradicionales» aflora en su aspiración a modelar un ejército nuevo, menos barroco, más ágil y eficiente; redimido de las lacras —ideológicas y estructurales— heredadas del siglo anterior. La configuración de las fuerzas armadas —de su oficialidad sobre todo—, afirmando su papel de instrumento *al servicio* del Estado y acabando con su vocación de «manipular» ese Estado, había partido de los notables estudios de Azaña sobre el «caso»

<sup>10</sup> Marichal, *Inte.*, t. II, *OC*, págs. XXXIII y sigs.

francés, vivo aún en la sociedad gala el revulsivo del *affaire* Dreyfus. Sus rápidas reformas, aplicadas apenas llegó al Ministerio de la Guerra, fueron explanadas luego en uno de sus más notables discursos en las constituyentes. Eran las suyas reformas atinadas, inteligentes, pero con una contrapartida muy grave: en su conjunto hicieron un papel «depurador», y no llegaron a completarse con las medidas —anunciadas— para «construir» una máquina militar moderna. Transparentaron, en definitiva, más un *intento político* que *técnico*: el de «derruir» una de las ciudadelas de la vieja España. Caso parecido fue el del «tratamiento» de la cuestión religiosa. Las ideas de Azaña apuntaban a la necesidad de separar nítidamente Iglesia y Estado, al propósito de «secularizar» de una vez administración, política y cultura. (Se trataba de abrir una vía de expansión, según la terminología de Manchal, a la España *estatal* y *escolar*.) Su más célebre pieza oratoria, la de la frase «España ha dejado de ser católica», ilustra mejor que nada esta aspiración que ahora se hubiera podido respaldar con textos del mismísimo Concilio Vaticano II, pero que entonces tuvo la virtud de abrir una sima en la «convivencia» de los españoles, provocando una reacción que ignoraba dos hechos: que la frase famosa no podía ser separada de su contexto y que el discurso en cuestión había reducido drásticamente el maximalismo anticlerical de los planteamientos socialistas<sup>1</sup>.

El reconocimiento de un fenómeno consustancial a la imagen real de España —el de sus facetas históricas, el de los «hechos diferenciales»— se expresa con brillantez en las Cortes —27 de mayo de 1932— y en el discurso de Barcelona (26 de septiembre): «Este hecho, la implantación de la autonomía de Cataluña y pronto la de otros pueblos peninsulares en las modalidades que les sean propias no significan ruptura, no significan disociación de caminos, no significan corte de amarras; es todo lo contrario: es fundar la colaboración y la fraternidad y la buena inteligencia en fines superiores de la civilización dentro del ancho marco que se nos abre a todos, y en el deseo—de poner el nombre de España y de todas sus partes o personalidades propias bien articuladas en el lugar en que estamos obligados a mantener el nombre de la ínclita raza de que venimos...»<sup>2</sup>.

En fin, el entendimiento con el PSOE para sacar adelante una obra de redención social, para abrir cauces —tal la reforma agraria— que eviten un desbordamiento catastrófico a la revolución del «cuarto estado», queda justificado plenamente en el magnífico discurso que, a nuestro juicio, supone la más brillante cima lograda en el doble campo —oratoria y política— por el hombre de gobierno; me refiero a la intervención con que cerró el famoso banquete del Frontón Recoletos (14 de abril de 1933): «La presencia del proletariado en la administración del Estado es el primer caso que ha permitido a España hablar con justicia de un gobierno de carácter nacional...»

<sup>1</sup> En efecto, Azaña «dulcificó» la ponencia socialista, encaminada a la supresión de todas; las órdenes religiosas, desviándola al caso concreto de la Compañía de Jesús.

<sup>2</sup> OC, II, pág. 427.

«En este orden, con la República así concebida y con la incorporación del proletariado español al gobierno del Estado y a la dirección de la República, incorporación definitiva lo mismo si está en el poder que si no está en él, y de cuyas consecuencias los más torpes se enterarán dentro de algunos años, se emprende en España una experiencia fundamental de interés histórico universal. .. Se trata de saber, con la experiencia iniciada y aplicando rectamente, lealmente y con amplitud, el espíritu de la Constitución en este principio que acabo de recordar, si es posible que en nuestro país se haga una transformación profunda de la sociedad española, ahorrándonos los horrores de una revolución social...»<sup>B</sup>.

### **Continuidad y ruptura**

Y, sin embargo, es aquí —en el programa del «regeneracionismo republicano»— donde hemos de ver la clave fundamental de las contradicciones internas en que naufragará el régimen: porque al hablar de «regeneracionismo republicano» no podemos olvidar que éste se asienta en una síntesis diversa de la lograda por Cánovas a través del Pacto del Pardo. La síntesis canovista se proponía lograr la convergencia en una plataforma constitucional flexible y equilibrada de las dos Españas de la revolución decimonónica —la de la «tradición» y la del «progreso»—, las dos Españas separadas por el 68. La crisis noventaiochista alumbró, como un fogonazo, el divorcio entre «España oficial» y «España real», denunciando las limitaciones de esa síntesis, pero sin señalar la verdadera clave del problema. En realidad, sólo en torno a la crisis de la posguerra mundial se fue haciendo evidente la necesidad de sustituir la *síntesis* canovista por otra más acorde con las *fuerzas reales* lanzadas sobre el plano de la vida española; una síntesis abierta, por un lado, a las nuevas promociones burguesas orientadas hacia programas descentralizadores —autonómicos—, y por otro, a las masas proletarias encuadradas por el PSOE y por los grandes sindicatos. La dictadura fue una ocasión perdida en el intento de «cortar el nudo gordiano»; pero aglutinó —en la oposición— a los restos de un liberalismo alfonsino decidido a convertir en auténtica la democracia ficticia del «tomismo» (Miguel Maura, Alcalá-Zamora, Santiago Alba, Chapaprieta...) y a las nuevas fuerzas detenidas siempre ante los muros infranqueables montados por las viejas «clientelas» del deshecho Pacto del Pardo. Sabido es que sobre el panorama de desfallecimiento que la Monarquía ofreció al producirse el hundimiento de la dictadura, la «conversión» de Alcalá Zamora resultó decisiva —como garantía de un cambio progresista «sin» revolución— para movilizar sectores amplísimos de una -opinión decepcionada y timorata, deseosa de evitar la vuelta a lo que la dictadura había desplazado, pero nada decidida a zambullirse en el caos. (Arrum-

<sup>13</sup> *Ibíd.*, pág. 633.

badas, desde mucho tiempo atrás, sus viejas soflamas de demagogo, de «emperador del Paralelo», ésa era, en el fondo —pese a su penacho anticlerical— la posición del hombre que encamaba al republicanismo histórico, heredero de un pesado lastre decimonónico, esto es, don Alejandro Lerroux.)

Se trataba, para los nuevos núcleos republicanos que tuvieron decisivo papel en el 14 de abril, de mantener bajo el signo de un *cambio progresivo* —abordando valientemente los mismos problemas que la Monarquía se había planteado, pero que no logró resolver— una cierta *continuidad* —que no continuismo— capaz de reconstruir esa solidaridad nacional lograda por Cánovas, que había ido disolviéndose en las dos últimas décadas; una continuidad basada en la transacción con los sectores que habían apoyado, bajo el régimen caído, programas de un regeneracionismo que con la Monarquía no alcanzó ningún puerto, y que a su vez podían brindar a la República una estabilidad capaz de marginar la amenaza de los grupos extremistas de derecha e izquierda. Puede servir de orientación para comprender lo que ese «transaccionismo» tenía de positivo lo que escribe Chapaprieta; según él, si la República «no era producto de un momento estrictamente revolucionario», resulta «decisivo para la sociedad española que la República no traspasará la significación con que había venido, y era forzoso evitar que los dementes extremistas la modelaran a su gusto, apoderándose de su mando... En mi conciencia me pareció más patriótico ayudar a esa solución que a debilitar a la naciente República»<sup>14</sup>.

En cambio, el «rupturismo» venía exigido en principio por los socialistas, y lo proclamaba —más en la teoría que en la práctica— el propio Azaña. (Recordemos lo antes advertido: en su caso, la *ruptura* subrayaba el resultado de sus experiencias negativas dentro del Partido Reformista de Melquíades Álvarez.) Ya en las páginas de *El jardín de los frailes* había escrito: «En el ápice del poderío, más aire me hubiera dado a Robespierre que a Marco Aurelio.» «Para Azaña—ha escrito Marichal—, la tragedia del liberalismo español desde sus principios en el siglo xix, pero sobre todo desde 1854, ha sido su tendencia a la transacción y al compromiso... El deber de los verdaderos liberales es, pues, muy claro: la que él llama intransigencia»<sup>15</sup>.

Desgraciadamente fue esa intransigencia —que el radical-socialista Alvaro Albornoz sintetizaba demagógicamente en su frase: «¡No más abrazos de Vergara! ¡No más pactos del Pardo!»— la que, vistas las cosas desde nuestra óptica, a cincuenta años de distancia generaría el fracaso en que vino a naufragar en el breve espacio de un lustro la democracia republicana. Aunque es preciso hablar realmente —en términos estrictamente políticos— de una doble intransigencia. En primer lugar, la que reflejaba la repugnancia invencible que el PSOE profesó siempre a Lerroux, posición a la que se sumó decididamente Azaña al formar su segundo Gobierno, con exclusión

<sup>14</sup> Joaquín Chapaprieta, *La paz fue posible. Memorias de un político*, Ariel, Barcelona, 1971, p. 153.

<sup>15</sup> Marichal, *OC, I*, pág. 94.

de los radicales, en diciembre de 1931. En segundo lugar, la que la izquierda republicana (Azaña) y los socialistas opusieron tenazmente al «posibilismo» de Acción Popular a la CEDA de Gil Robles. La primera rompió muy pronto la imagen inicial de la República —según la daba el Gobierno provisional—, reduciéndola a la «coalición socialazañista». La segunda comprometió la posibilidad de que la República, aún débil, ensanchase sus bases donde únicamente podía ensancharlas, y tuvo como réplica la formación de una nueva alianza: la del radicalismo y la CEDA, núcleos mayoritarios en el Parlamento de 1933.

Así configurada la política española a partir de 1934, la suerte del régimen dependió de un deseable «nuevo Pacto del Pardo» que hubiera alineado a la izquierda, al bloque socialazañista, y a la derecha, el bloque CEDA-Lerroux. Pero ese pacto se hizo imposible porque desde el primer momento faltó el mínimo de solidaridad necesaria entre los dos núcleos (derecha e izquierda). De una parte, el socialismo, acaudillado ahora por Largo Caballero, se deslizó a la opción revolucionaria, sustituyendo su actuación «integradora» del primer bienio por el afán obsesivo de construir un ariete mediante la *alianza* de las grandes sindicales y el entendimiento con el PCE. De otra parte, Azaña no admitió jamás la «alternativa» de las derechas, por muy democráticamente que éstas hubiesen llegado hasta el Gobierno. Aquí radican, a mi entender, los dos errores más graves cometidos por el jefe de Acción Republicana: en primer término, ignorar a un sector de España *que también era real*, aunque no se incluyese entre las «Españas potenciales». En segundo lugar —y en esta misma línea—, identificar a la República con *su propia versión republicana*; esto es, la que se había desplegado durante el primer bienio. No entendió lo que significaba para el régimen la configuración de una derecha que no había aceptado el recurso al golpe de estado y a la dictadura (malamente ensayada el 10 de agosto de 1932). Sustituyó, pues, el *diálogo* con los *disidentes* sinceramente democráticos por la *ruptura* con un aire jacobino, del que no dejó nunca de hacer innecesario alarde: en este orden de cosas, su actitud política viene a ser la antítesis de la que siempre mantuvo Cánovas<sup>16</sup>.

El amago revolucionario de 1934 —lamentable resultado de las nuevas orientaciones impresas al PSOE y a la UGT por Largo Caballero (tal fue el frente de la UHP en Asturias) y de los infundados recelos de la «Genera-litat» catalana con respecto al gobierno de las derechas en Madrid— llevó al extremo esa ruptura. Por un elemental sentido común y porque no participaba de las «alegrías» revolucionarias de Largo, Azaña se mantuvo al margen de aquella intentona de doble signo; pero su cordura no le libró del ataque inmisericorde de las derechas una vez superada la crisis. Por todos los medios se trató de envolverle en la responsabilidad *directa* de unos hechos en los que no había tomado parte. Se comprende que el resentimiento

<sup>16</sup> Sobre el «jacobinismo verbal» de Azaña, véanse las excelentes páginas que al personaje dedica Jesús Pabón en su gran obra *Cambó* (t. III, págs. 210 y sigs.)-

de Azaña se tradujese, a partir de su proceso, en un *rechazo definitivo* que excluía tajantemente de una «alternativa de poder» a sus antagonistas.

### **Las «espinas del resentimiento»**

Es indudable la radical injusticia con que el cerrilismo de las inefables derechas españolas le había marcado desde primera hora, identificándole con una monstruosa encarnación del mal; los ataques de que fue víctima por parte de estos eternos «cruzados», incapaces de comprender el auténtico significado de la caridad cristiana, oscilan entre lo grotesco y lo odioso. Azaña no consiguió superar las heridas que en su hipersensibilidad produjo esa actitud, incluso cuando afectaba despreciar a sus enemigos olímpicamente. Desde 1935, Azaña se vuelca al esfuerzo de *todas* las izquierdas —incluso aquellas con las que su Gobierno se había enfrentado duramente en el primer bienio republicano— para derrocar a la coalición centro-derecha, que, según él, era un simple «paréntesis» en el régimen. En su concepto se trataba sin más de un *retorno* a la situación de 1932. Pero ese retorno era ya imposible. En la terrible crisis de Asturias estaba larvado un *maximalismo revolucionario* que en nada se parecía a la «ruptura sin revolución» preconizada por Azaña en su famoso discurso del Frontón Recoletos. El triunfo del Frente Popular, que entonces empezaba a gestarse, no admitiría ya nuevas alternativas de poder, nuevos giros a la derecha; su horizonte tenía un signo marxista «irrenunciable» que apuntaba al alumbramiento —adelantándose una década a los acontecimientos posteriores a la segunda guerra mundial— de una «democracia popular», o lo que es lo mismo, una amenaza mortal para la democracia auténtica.

Por exceso de confianza en sí mismo, Azaña no lo comprendió así, o lo comprendió demasiado tarde. En octubre de 1935, en su famoso discurso «en campo abierto» —el Campo de Comillas— erguido ante un mar de pancartas, de banderas llameantes como anuncio de incendio, había proclamado: «Yo no me hago el distraído, y nosotros vemos el torrente popular que se nos viene encima, y a mí no me da miedo del torrente popular ni temo que nos arrolle; la cuestión es saber dirigirlo... Si yo viese a esta fuerza popular en trance de perderse, malgastarse o extraviarse, yo sería el primero en atravesarme en vuestro camino a decir ¡Alto! La hora no ha llegado...» Era una arrogante afirmación que implicaba un grave compromiso. Pero cuando a la hora de la verdad el torrente *se desbordó extraviándose*, Azaña prefirió eludir el esfuerzo que las circunstancias le exigían, en cuanto obligado «encauzador» de las aguas revolucionarias desde la presidencia del Consejo, para refugiarse en otra Presidencia —la de la República—, que le apartaba de la lucha directa, necesaria para evitar una catástrofe. Fue entonces cuando Azaña cometió su pecado imperdonable: faltó para siempre, a partir de ese momento, a su máximo compromiso con la historia.

En 1934 no había querido «admitir» en la República —su República— la alternativa centro-derecha. En 1936, entre la izquierda proletaria y la todavía considerable fuerza de unas derechas democráticas, él, verdadero triunfador en las elecciones —según el cómputo de votos que nos da el excelente análisis de Javier Tusell—, pudo desempeñar un auténtico papel de centro moderador. Su imprecación en las Cortes —«¿No queráis violencia? ¿No queráis violencia, no os molestaban las instituciones sociales de la República? Pues ¡tomad violencia!»— era la antítesis de la moderación o del equilibrio. Y situando al frente del Gobierno —cuando él ocupaba ya la Presidencia de la República— a Casares Quiroga, estimuló un acelerado deslizamiento hacia la catástrofe. Según el profesor Tuseü, ya al iniciarse la «primavera trágica», Azafia buscaba soluciones transaccionistas que sirviesen de freno al desquiciamiento de la vida política. En todo caso, los desplantes de su «hombre de confianza» —Casares— a la cabeza del banco azul distaban mucho de favorecer un clima de distensión cada vez más necesario. Cuando Ventosa decía: «Lo que hace falta en España es que exista no una incompatibilidad, sino un terreno de compatibilidades y convivencia», predicaba ya en el desierto; España, desgarrada, se polarizaba vertiginosamente hacia dos mitos divorciados del convencionalismo parlamentario: el mito de la revolución; el mito del «golpismo» y la «cruzada».

### **La hora tardía del estadista**

Resulta doloroso comprobar que el Azaña con auténtica calidad de estadista, el que supera el «rupturismo jacobino» en una visión integradora, es el Azaña impotente, el que queda aprisionado, como un rehén de la izquierda inconciliable desde el mismo estallido de la guerra civil. Creo que su *conversión a la realidad* desde los esquemas teóricos del intelectual-político tiene una fecha concreta: el 23 de agosto de 1936, fecha nefasta en que la matanza en la Cárcel Modelo hizo decir a Prieto: «Hoy hemos perdido la guerra.» Impresiona todavía la lectura de una de las páginas más patéticas de los *Diarios*: «Tarde de agosto madrileño. Contemplo la plaza de Oriente desde la ventana. Síntomas de inquietud. Humaredas. Noticias del incendio de la cárcel. Anochecido me cuentan que todo se ha acabado y que hay tranquilidad. A las once y media, conversación telefónica con el ministro de Comunicaciones. Primera noticia del suceso. Mazazo. La noche triste. Problemas en busca de mi deber. Desolación. A las siete de la mañana, Giral me lee por teléfono el Decreto creando los tribunales populares. Salvamos así miles de vidas, exclama. Pesadumbre por esta razón. Duelo por la República... Por la tarde, lágrimas del presidente del Consejo...» ¡Qué lejos ya aquella arrogante pretensión de encauzar la marea revolucionaria! En la Cárcel Modelo,

" OC, III, pág. 378.

una de las víctimas eminentes había sido Melquíades Álvarez. Aquel horror vino a romper como un «mazazo» la afectada dureza del Azaña que exigía como norma del liberalismo español «la intransigencia».

Luego vendría la experiencia personal en el caos revolucionario: las jornadas de mayo de 1937, vividas en el peligro y el aislamiento del palacete de la Ciudadela, en Barcelona; el enfrentamiento con Negrín, en quien confió demasiado al producirse la crisis del Gobierno Largo Caballero...

Los «Cuadernos de Pedralbes», que integran la parte final de sus *Diarios*, reflejan admirablemente la crispación y la angustia del presidente «secuestrado», incluso en su insólito estilo —telegráfico, «sincopado»—. La animosidad creciente que le distancia de Negrín se refleja en el apelativo con que a veces aparece aludido en estas páginas el jefe del Gobierno («el que piafa», «el piafante»). Hay, en cambio, tanto en los cuadernos *de Pedralbes* como en los de *la Pobleta*, un reconocimiento pleno —y tardío— de la talla política y humana de Prieto, polarizador en mejores días de sus sarcasmos.

El último gran discurso de Azaña es el pronunciado en Barcelona el 18 de julio de 1938. «Es obligación moral —dijo entonces—, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que esquchen su lección: la de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla, luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad, perdón.»

El valor con que en plena guerra, en pleno paroxismo de odios y de sangre se eleva la voz del presidente para pedir a unos y a otros «paz, piedad y perdón» da la medida en que el arrogante jacobino de antaño ha dejado atrás sus llamadas a la intransigencia, y le redime de sus responsabilidades indudables en los orígenes del conflicto. La espantosa realidad de la guerra le ha llevado a conocer la «realidad auténtica» de una España al margen de esquemas intelectuales y a sustituir *sectarismo* por *moderación*. En el discurso de Barcelona, como en *La velada en Benicarló*, culmina la expresión literaria de Manuel Azaña, quizá porque una experiencia desgarradora *le ha humanizado* (no sin fundamento ha podido decirse de este admirable ensayo en forma de diálogo, que «es a la vez un acto de desesperación y un acto de fe»). Sorprende escuchar en labios del personaje que encarna al propio Azaña, el más puntual elogio de la *moderación*: «Habla usted del moderantismo dando al vocablo una significación que recorta por timidez las alas de la novedad. No es eso. La moderación, la cordura, la prudencia de que yo hablo,

estrictamente razonables, se fundan en el conocimiento de la realidad, es decir, en la exactitud... Nos conducimos como gente sin razón, sin *caletre...*»<sup>18</sup>.

Fatal destino el del hombre y el político: fundidos por fin —demasiado tarde—, cuando ya era imposible *salvar el Estado*, en una imagen de *auténtico estadista*.

C. S.\*

OC, III, pág. 414.

1923. Catedrático de Historia Contemporánea.  
Miembro de la Real Academia de la Historia.